

## La juventud en la encrucijada

La reconstrucción material de Europa es hoy un hecho innegable. Miles de empresas repartidas en las zonas más devastadas por la última guerra la han llevado a feliz término, hasta reconstruir un mundo en ruinas que parecía irremisiblemente condenado.

En este orden de ideas, podría decirse que el milagro lo han efectuado tanto la ciencia como la tecnocracia, al sepultar todo un pasado de destrucción y de miseria. No obstante, el hombre recogido en la meditación, que no usufructúa de las ventajas circunstanciales y desvía, por tanto, su brújula interior de las posibles y engañosas contingencias, se muestra receloso y no ha podido por menos que lanzar su admonitoria palabra, especialmente dirigida a las novísimas generaciones. En verdad, la juventud actual se siente amenazada en las más diversas direcciones de la cultura: Ciencia, Filosofía, Actividad profesional, Ideales, Esparcimiento. A la pregunta inevitable: ¿Cómo salvarlas frente a la quiebra moral cada vez más aguda?, habían respondido ya desde el siglo pasado pensadores eminentes... La solución no la dará la Ciencia, ni siquiera la Filosofía tradicional, por cuanto su impersonalismo abstracto ha terminado por desmadejarla de la realidad y del fluir humano auténtico... “La salvación, sugiere Kierkegaard, emergerá de un Cristianismo en toda su pureza original, lo que equivale a ofrecernos —exigiéndonos— el martirio del

individuo que tiende hoy a ser aniquilado por la masa”.

Grave afirmación es ésta, y al parecer, extrema y temeraria, aun cuando provenga del máximo representante del Existencialismo Místico. Sin embargo, no es ello la admonición de un Sacerdote, de un Catedrático, de un Agitador o de un Caudillo. Se trata simplemente de la confesión de una vigorosa personalidad que, no obstante, naufraga en la angustia del vivir cotidiano y se ve constreñida a declarar que vive en la impotencia y el engaño..., tal como en la actualidad, millones de jóvenes de elevada inteligencia se confiesan desorientados y escépticos...

En un terreno más circunscrito a la realidad del momento, Ratenau, arrebatado prematura y alevosamente a la vida, enjuicia también a la Civilización contemporánea, lanzando su profético *J'accuse*: “El hombre, cual nuevo Midas, muere de sed en un océano de riquezas”.

Son muchas y muy autorizadas las voces que extemporáneamente se elevan para calificar el rumbo que ha tomado la Civilización, condenándola con un diagnóstico implacable... A la juventud actual, particularmente, le toca vivir un clima deletéreo y producto de dos guerras mundiales... con sus dramáticas consecuencias: campos de concentración, dictaduras o totalitarismos y represalias de toda suerte que al no disimular la crueldad exacerbada e inhumana, han terminado por envilecer, igualmente, a vícti-

men Feudal, el Claustro, la Monarquía, la Teocracia, la clase militar. Ventajas evidentes son éstas, por cierto, para la juventud actual. No obstante, nunca ha habido para el hombre una mayor soledad y una limitación de inteligencia más efectivas, que llega incluso hasta el automatismo y a la muerte de todo impulso creador.

La Ciencia se ha deshumanizado dramáticamente por la parcelación que exige el especialismo. Entre los mismos especialistas se habla una lengua tan diferenciada que pasa a ser el privilegio de unos pocos elegidos (a la muerte de A. Einstein sólo unas cuatro o cinco personas lograban entenderlo). Con razón al vaticinar la total desintegración y crisis de la Cultura de Occidente, Alexis Carrel consideraba que para salvarla sería necesario el nacimiento de una media docena de especialistas en todo... Las manifestaciones masivas del Saber son extrañas, en verdad, a este tipo ultra especializado y aristocrático de la Ciencia Contemporánea, tanto como al arte, en sus formas deshumanizadas y a la Metafísica de algunos filósofos existencialistas, entre los cuales Heidegger, por ejemplo, seguramente es más oscuro que Heráclito, Spinoza o Hegel en su tiempo...

Lo que se llama cultura popular apenas merece el nombre de divulgación, ayuna como se halla, a menudo, de toda seriedad y consistencia... Así se explica que el joven actual oscile entre dos polos: un micro saber en detalles y por lo tanto inorgánico, y la tentativa de saberlo todo, que conduce inevitablemente a la superficialidad. Con el exceso de especialismo se ha perdido el vínculo personal: el ser mismo, la intimidad o mismidad de que nos hablan Ortega y Gasset, Unamuno y Zubiri. Particularmente Ortega y Gasset en el *Tema de Nuestro Tiempo* pone de relieve como la masa se siente fascinada ante este clima inespíritual de la Época, llegando incluso a imponer su estilo de vida al hombre superior, que en alguna medida sufre su influencia.

Es indudable que toda obra debe produ-

cirse con algún contenido circunstancial, aun cuando la perspectiva de ella logre irradiar lo eterno y lo Universal... Escapar al momento que se vive, no sólo es esfuerzo estéril e insensatez, sino que, además, implica cobardía, ya que todo ser humano, irremisiblemente termina por caer en la vida cotidiana y real... Por eso es preferible salir al encuentro de la realidad, desafiándola, penetrándola. Es obvio, por tanto, que impedido como se halla de saltar sobre su época, el joven contemporáneo no pueda vivir con el estilo de preguerra. Sólo lo nuevo se le presenta como real, fascinante y de categoría valiosa y fecunda... sobre todo, como única posibilidad de escapar al suicidio cultural. De allí la frivolidad, la zafia estridencia de la época, su antihistoricismo que se advierte en toda América y aun en la propia Europa. De allí también, la tensión entre dos mundos al parecer irreconciliables: por una parte el mundo existencial, anónimo, masivo, deportista, tecnificado; por otra, el mundo del ser mismo, auténtico, histórico, creador.

Particularmente, para la juventud de América resulta difícil el distanciamiento del mero vivir fáetico. Cada vez más, el espejismo de las ventajas que trae consigo la producción industrial y el desenvolvimiento económico hacen imposible casi llegar a la mística de los grandes valores y las grandes ideas. ¿Cómo concentrarse en la preparación universitaria —por ejemplo— ante la solicitud que ofrece a manos llenas una vida regida por el signo de la rápida utilidad y la diversión? ¿Cómo concentrarse, más adelante, en la profesión misma para dignificarla, dignificándose, si todo parece confabularse incluso para disminuir la admiración hacia el sacrificio en las exigencias económicas y la morigeración en las costumbres? Y, sin embargo, es imperativo salvar a los mejores, haciendo sobresalir al menos unos cuantos espíritus que puedan controlar la masa ignara e irresponsable, ensoberbecida hoy, hasta el punto de arrogarse el derecho de imponer sus excesos como norma vital, dig-

na de imitarse... Es urgente, por ello, como lo decimos, salvar a los mejores, entendiéndose por éstos no a los genios y tipos raciales superiores, sino a aquellos jóvenes dispuestos heroicamente a ser "ellos mismos" con la mismidad del espíritu singular que encarna un destino y una misión irrevocables. Afortunadamente existen manifestaciones conmovedoras de jóvenes que logran ser "ellos mismos" en competencia beligerante y estrecha con el impulso de la masa a destruir toda nobleza, todo gesto y signo de superior singularidad. Hay que favorecer resueltamente a esos jóvenes de excepción y como contrapartida denunciar la pseudo superioridad disfrazada a veces de propósitos científicos, sociales y aun religiosos.

En nombre de la Ciencia se suele servir fines estrechamente utilitarios, mientras se retrotraen a sus formas primitivas: la convivencia social, el esparcimiento colectivo y la lucha política. Frente a esta lastimosa tergiversación, que daña las raíces mismas de las generaciones jóvenes, se tiene, a menudo, la sensación de que los jóvenes no saben estimar lo que pierden, al verlos divertirse brutal y estúpidamente. En algunos casos, semejante actitud agrava la situación a tal punto como para presentarnos un símbolo preciso de la decadencia de los valores espirituales. Durante varios días —no hace mucho— toda la vida nacional entre nosotros —y seguramente en las repúblicas hermanas— giró con resonancia histórica en torno a un Campeonato Internacional de Fútbol. Pálido resultó ser ante este espectáculo monstruo, que incluyó —como otrora en el Circo Romano— el sacrificio macabro, la muerte de una docena de desventurados que por aquellos días sucumbieron, como anteriormente tantos otros, en las fauces implacables de una importante mina de carbón...

Peligrosísimo, ciertamente, resulta para el joven la exagerada exaltación del esparcimiento truculento en todas sus formas... No obstante, más peligrosa resulta aún la influencia de una exagerada o excesiva orien-

tación política-económica... en cuanto ésta puede conducirlo a identificar sus ideales con la conquista del poder o con el perfeccionamiento de la maquinaria, creadora de riqueza... Ninguna juventud ha sido jamás instrumento dócil para defender los intereses de la sociedad adulta. En defensa de sus más caras e íntimas aspiraciones han preferido salir al encuentro de la Muerte. Allí están los jóvenes revolucionarios de todos los tiempos en categórica negativa de ser leña antes de flor y fruto maduro... Tal es el sentido preciso de las ceremonias, que el pueblo griego y romano celebraba para rendir homenaje a sus huestes juveniles en el momento de ser incorporadas a la sociedad adulta, simbolizando la vida austera y heroica. Extraña se presenta, pues, bajo este aspecto, la vida actual cuya obsesión por exaltar las exigencias de orden productivo-económico, han desplazado hacia situaciones muy subordinadas los imperativos de orden ético y cultural. Acaso por esta circunstancia, la juventud de hoy —como nunca— necesita de la energía, de la fiereza, quizá de la arrogancia, para defender palmo a palmo lo que es su esencia y la entraña de su destino...

Tradicionalmente para el joven sólo tuvo sentido el vivir la vida en cuanto adhesión total a una causa sentida por dentro, como el llamado de Dios o el mensaje que expresa y encarna el Ser-Mismo... Subleva, en verdad, el pensar que la juventud, anestesiada circunstancialmente por el ritmo técnico actual, tenga como ideal el Hombre Máquina sin Fe y sin Dios, llegando a imaginar que un simple tractor pueda substituir el símbolo de la Cruz como supremo dolor, heroísmo y total renunciamiento. No es posible adentrarse en la vida sin haber intentado siquiera el realizar un ideario de libertad espiritual, frente a la fatalidad de la naturaleza o al imperio de la fisiología de los instintos... El joven actual, evidentemente, no puede desatender los valores de la Civilización, encarnados en las Ciencias Físicas y la Profesión; pero por encima de ellos, ha de

colocar el Arte, la Filosofía, la realidad histórica y, sobre todo, las exigencias de carácter moral.

No es posible que el engaño haya cegado tan profundamente al hombre en la antigüedad clásica, ejemplo de armonía y plenitud; al Iluminado Medieval en su austeridad heroica; al Sabio contemporáneo; al alma toda de Occidente... La Historia es realidad viva y gravita como la expresión de valores trascendentales; como tal encierra la posibilidad infinita de todo progreso ulterior. Por tales razones ha luchado invariablemente, la juventud de todos los tiempos, en cuanto constituye la llama viva capaz de agitar sus inquietudes y consumir sus mejores energías. ¿Cómo es posible sostener la divinización de la máquina y la vaciedad de la existencia, pregonando así que vivimos por nada y para nada?

Hubo una vez en el misterioso acontecer histórico, una etapa, un tanto extraña y oscura, en la cual, la meditación filosófica extraviada, pareció conducir irremediablemente al naufragio del sentido mismo de la vida... Semejante locura, sin embargo, no logró prosperar ni aun en las especulaciones de Epicuro o un Hegesias... A lo menos, estos sombríos filósofos, salvaron la Amistad... Y la Amistad es el contenido supremo del Amor; la fuente de todo impulso generoso y la condición elemental de la Cultura.

Un imperativo gigante, heroico, sin precedente en la Historia se impone, pues, al joven actual: meditar sobre su responsabilidad y su misión en cuanto vive un momento dramático de la historia, producto de la penosa experiencia de dos guerras universales que empujaron al hombre hacia los extremos de un nuevo Apocalipsis. En tales guerras, como lo hemos repetido, hay que buscar el origen de la actual desestimación de la Cultura, la inmersión de todo valor en la masa, el existir por el mero existir, y el agotamiento de toda autenticidad espiritual... ¿Será necesario insistir aún en el alcance de esta situación, toda vez que la ausencia de auten-

ticidad espiritual equivale a matar el impulso originario y el destino mismo de la naturaleza humana?

Resulta una paradoja, pues, pregonar, como tan hábilmente lo hace la propaganda, que el progreso técnico sin limitaciones y reservas específicas puede contribuir por sí solo a la emancipación del hombre. ¿Se pretende por ventura desconocer que la Técnica apenas nos hace invencibles ante el mundo del poder por cuanto sólo resuelve problemas inmediatos? Es justamente en este orden de ideas que se hace necesario recordar hasta qué punto la liberación del Hombre exige el conocimiento vivo de la Cultura Clásica. Allí donde se la ha olvidado ha surgido la barbarie, tal como la cizaña invade el campo de granos que se abandona. Angustia el ánimo, ciertamente, el pensar que, aun entre los propios Educadores de América, custodios responsables de tan valiosa tradición, haya algunos que, por resentimientos incomprensibles, se manifiestan como sus destructores airados... Quizá sea inherente al destino de las grandes ideas, el tener como adversarios encarnizados a algunos de los propios prosélitos que se descarrían... Pero la juventud de América debe estar alerta frente a estos pseudos maestros para evitar daños incalculables que incluso podrían desviarla del propio y auténtico destino que le está trazado.

Los pueblos americanos pertenecemos a un mundo que se halla en ebullición y constante transformación. Podemos y debemos prepararnos para realizar nuevos ciclos de cultura. Sin embargo, somos occidentales en la raíz y, por ello, herederos responsables de esa civilización clásica. Es verdad que el concepto Occidental es muy elástico y podría acomodarse a interpretaciones que incluso lo despojaron de su sentido genérico... No es infrecuente —por ejemplo— que éste sea el *modus operandi* utilizado por algunos sociólogos e historiadores, más atentos al juego del interés momentáneo y precario, que a la estructura profunda de nuestro basamento cultural. Frente a la juventud de América

tal prestidigitación dialéctica debe ser desterrada. Ha de reconocerse, no obstante, cuán difícil se presenta esta tarea. Por desgracia los valores culturales clásicos, bajo la acción de la propaganda orientada hacia una educación positiva y practicista, son cada vez menos tolerados, aun en las propias aulas universitarias... La prensa y todos los instrumentos difusivos, aun los que parecen más exentos de tales propósitos, sólo se preocupan de favorecer la accesibilidad del hombre medio a través de la Técnica, del aparato burocrático y de la actividad deportiva. De allí la resistencia cada vez mayor que manifiesta la masa juvenil, a la asimilación profunda de las bases mismas de la tradición del Occidente Clásico. Semejante hostilidad y "furore anticultural" retrotrae al joven a un manifiesto infantilismo, caracterizado por la ausencia de intuición comprensiva y conciencia de historicidad. Es en este sentido que puede y debe hablarse propiamente de una comunidad humana, similar a las colmenas o hormigueros, última etapa de la Tecnificación y Masificación integral del hombre contemporáneo.

América Latina no ha podido, por cierto, escapar a este destino del mundo de postguerra. Y es por tal circunstancia que vive bajo el signo de la multitud, de los gremios, de la socialización burocrática y, sobre todo, de la Empresa Deportiva, esto es, del mero vivir inauténtico... Sería injusto, no obstante, desconocer todo propósito laudable en esta *sui generis* organización tecnificada de la vida actual... Instituciones de Seguro, Pensiones y Reajustes; conquistas y reivindicaciones económicas de toda suerte; mejoramiento de la Higiene Pública y Privada; afirmación de la salud, de la longevidad y toda clase de beneficios para obtener un mayor confort y progreso material, revelan el sentido expreso de la vida americana en los momentos actuales.

Pero estos beneficios se pagan a un precio muy elevado, toda vez que representan el producto de una filosofía practicista, peligrosísima para la juventud en una época como

la nuestra, en la cual se hace urgente consolidar el carácter moral, renunciando a una vida demasiado fácil. Agréguese a todo esto, como factor que agudiza la minusvalía de lo humano, la sobreestimación de las ciencias de la naturaleza, incluyendo en ella una psicología sin alma, esto es, una escueta psicología del comportamiento que pretende medir la inteligencia como si fuese una función espacial. Se comprenderá así el por qué —más que una juventud auténtica— el joven vive hoy una infancia que se prolonga hasta desembocar en una madurez descolorida y ayuna de promisoría superación.

En las generaciones actuales han desaparecido —por así decirlo— las fronteras que imponen la evolución somática y psicológica, tal como puede observarse en una partida de fútbol o en la convivencia del hogar y en la actividad profesionalizada...

Ostensiblemente el deportista y el burócrata han pasado a ser las personas más importantes, mientras la escuela en todos sus grados, subrayando esta nueva escala de valores, tiende casi por exclusivo a la formación de técnicos, prescindiendo de una seria preocupación por los intereses de orden teórico y espiritual elevados. No debe extrañar por tanto que el lenguaje, suprema herramienta del espíritu, haya perdido su poder formativo y su elevada jerarquía. Apenas si conserva su significado para las más primarias exigencias de la expresión y del contacto social.

Se ha dado en oponer con énfasis: Oriente y Occidente. En verdad, aun admitiendo que existan discrepancias más o menos profundas en un orden cultural o ideológico, no puede dejar de reconocerse que ambos desembocan en una concepción mecanicista, masiva y utilitaria de la vida... En una y otra área cultural, los ideales y preocupaciones dominantes son la máquina y el belicismo; la producción y el confort... Por tal motivo, del Oriente como del Occidente, puede llegar la quiebra total y el aniquilamiento. En ambos mundos la sobreestimación de lo económico y sus derivaciones tecnológicas, representan ausencia del Ser mismo y del pro-

pósito decidido de instaurar una ética superior. En Oriente como en Occidente, la Educación ha perdido su elevada prosapia humana, al disfrazarse de actividad personal responsable, mientras en esencia no pasa de ser sino una adquisición de técnicas y destrezas... ¿Y qué no decir de la fiebre experimentalista de tipo pseudocientífico en el campo de lo humano, sin haberse formulado siquiera, como postulado fundamental, la pregunta obvia?: ¿Es lícita la experimentación en la psiquis del hombre a la manera como se realiza en el mundo animal o en el de la naturaleza? ¿Es el alma humana de estructura similar a la del átomo, la célula o la nebulosa?

En realidad tanta experimentación, a menudo practicada sin propósito definido, ha concluído por hacer pensar al joven que, en ausencia de maestros, a él personalmente se le quiere dar toda la responsabilidad para buscar sus propios métodos, sus propias materias de estudio, sus propios fines o ideales, sin que le sea permitido defenderse del esfuerzo estéril y aun de la desorientación a causa de su misma y significativa inmadurez. *He aquí la realidad desnuda del momento dramático que se vive:* Cada vez que hace crisis la fe de los adultos se concede beligerancia excesiva a la juventud, haciéndola creer que ella debe actuar con entera responsabilidad e independencia... Aquí, insistimos, se enraíza justamente la causa medular de la honda crisis del espíritu contemporáneo. Y, en verdad, si poseyésemos modelos de tipo superior para ofrecer como ejemplo de influencia espiritual directa a las generaciones jóvenes, no sería necesario trastocar toda la educación en sus diversos grados con la aparatosa pero, a menudo, insustancial política de ensayos...

Grave y enojosa es para la enseñanza el reconocer sus vacilaciones, sus desaciertos y, lo que es más grave, su ausencia de propósitos básicos y superiores... ¿Puede en este emergencia el Estado Democrático dotar a la Educación de un rumbo y de una filosofía que él mismo no posee? ¿No es acaso esta

dramática situación similar a la de los padres frente a sus hijos, cuando no aciertan a enmendar rumbos o definir responsabilidades o a la de los gobernantes que pretenden encubrir sus desaciertos culturales a los gobernados? Podría creerse que con la autoridad excesiva —tal como la ejercen los Estados totalitarios en cuanto saben lo que desean— resultase posible imprimir a la Educación una filosofía propia. Por desgracia, en tales regímenes sólo se logra asfixiar la libertad espiritual del joven, mientras la Educación democrática auténtica —no su caricatura, por cierto— debe imperativamente ofrecer al ser humano, en continuidad histórica, los medios para conquistar la Fe en la Cultura viva y en la substancia espiritual de la Tradición, transmitida por el rigor del estudio intensivo.

No impunemente algunos pueblos quebraron su tradición, y en tal caso: o sucumbieron, sin casi dejar huellas, o lo que es peor aún, se disiparon en una vida históricamente insignificante. Trágico sería para nuestra América Latina un destino semejante...

Las dos últimas guerras han debido dejar en el alma de la juventud, no sólo el germen del escepticismo frente a la imposibilidad del hombre civilizado para dar solución humana y pacífica al problema de la inevitable expansión territorial y aprovechamiento de la riqueza de países débiles o atrasados y por ello susceptibles de ser conquistados o absorbidos, sino lo que es más grave, la conciencia de una falta total de responsabilidad histórica, toda vez que para atacar a enemigos circunstanciales se buscaron como aliados a pueblos de irreconciliable filosofía política y de ideales radicalmente incompatibles.

¿No es evidentemente insólito, desconcertante que los aliados hayan buscado como cooperadores de la Democracia a pueblos de tradiciones contra indicadas para conseguir tales fines? La política mundial de los últimos decenios aparece desorientada e imprevisora, ya que ni siquiera se han discernido los peligros inmediatos de la lucha a favor de la libertad y del afianzamiento de las más

fundamentales tradiciones históricas e ideales políticos.

No obstante, se piensa y se pregona a todos los vientos, que existe una tradición histórica de Occidente que debe respetarse como baluarte de las instituciones democráticas. Pues bien: considerando fundado semejante aserto sería lógico concluir que esa tradición no debió mancillarse por fugaces y precarios intereses. Antes, por el contrario, las alianzas debieron tener un carácter más permanente y un sentido cultural expreso, como base para una política humana y sensata, fundada en la dignidad y en los valores morales.

Precisamente: la juventud latinoamericana aspira a este tipo de alianzas y no a aquellas que se derivan del cálculo de simples intereses económicos y contrarios, a menudo, al destino mismo de la civilización como auténtica libertad y respeto a las exigencias del Espíritu. Nuestra juventud no puede concebir que los africanos y asiáticos —en toda la gama de mestizaje— sean llamados para combatir contra pueblos que en el terreno ideológico asumen con nosotros parejas responsabilidades de orden político y cultural. En su defecto, para esas razas de color desea un tratamiento más humano que incluya la comprensión, la libertad y el respeto a sus tradiciones y exigencias fundamentales.

Si la guerra se hace odiosa a la juventud porque vulnera los ideales de entendimiento entre los pueblos, imaginemos lo que ella significa cuando contraría imperativos de la trascendencia política y cultural que denunciamos. En verdad, la juventud comienza a sentir cansancio frente a esta civilización tecnificada, carente de alma y de emoción, que a fuer de ofrecerle todo, termina por no darle nada de aquello que le es más caro y necesario. Por todas partes cunde evidentemente el desaliento y la angustia como signos de una vaciedad espiritual ya intolerable, y, en consecuencia, muy promisoría para la reacción. En este orden de ideas, no puede pasar inadvertido el fervor con que numerosos jóvenes cultivan la música, leen libros esco-

gidos en filosofía, ciencia y literatura; manifiestan una inquietud obsesiva por el arte plástico y el teatro, y, sobre todo, renuncian a una vida fácil, privada de toda grandiosidad y trascendencia.

Los viajes con fines de turismo ilustrado representan hoy uno de los signos dominantes de la época. Numerosas agencias ofrecen facilidades para visitar museos, academias, bibliotecas, monumentos, santuarios y centros arqueológicos de países y ciudades de vieja cultura... También los gobiernos ofrecen becas y franquicias de toda suerte para que este turismo de tipo cultural se realice en las mejores condiciones posibles. Millones y millones de seres humanos, peregrinos de esta nueva religión, recorren las ciudades europeas y los más antiquísimos rincones de la tierra como otrora, aunque esta vez, en busca para su rescate del Santo Sepulcro del Arte y la Civilización... En un mismo sentido, las Radiodifusoras, el Cine, la Televisión, la Prensa, el Teatro, las Salas de Concierto, aun cuando no hayan podido hasta el momento sustraerse a las exigencias que les imponen el lucro y la propaganda, responden en alguna medida a estos requerimientos de la época, proporcionando, a lo menos ocasionalmente, los medios para el perfeccionamiento espiritual.

Países como Rusia pagan la más alta renta al primer bailarín y Estado Unidos consume ríos de oro para remunerar, con la generosidad dispendiosa que le es habitual, a los representantes máximos del arte contemporáneo. Todo esto revela que los pueblos anhelan escapar a la gigante tecnificación; a la vorágine económica que nos asfixia, a la disipación aturdida y, acaso, a la propia barbarie... Particularmente, la juventud de Latinoamérica, se siente comprometida en este nuevo Renacimiento de la Cultura y de una vida más humanizada y espiritual... Comprende muy bien que, aun cuando incorporada a las vicisitudes y realidades económicas del momento, para conquistar su efectiva independencia no debe olvidar cuán li-

gada se halla —como heredera directa— a las excelsitudes de la Vieja Civilización Europea, sin excluir las vertientes milenarias de Asia y de Africa Septentrional que, a través de la cuenca del Mediterráneo, la alimentaron un día.